

PEQUEÑAS  
HISTORIAS  
DE  
HOMBRES  
QUE



S

A

L

T

A

N

Camilo Useche

ILUSTRACIÓN: NATALIA AYALA PACINI

En “*el mito de Sísifo*” Albert Camus planteó, como el más grande problema filosófico, la cuestión de si merece la pena, o no, vivir la vida. En ese sentido, escribir sobre el suicidio suele ser difícil y mucho más si lo que no se quiere hacer es una apología. El mundo está anegado, sin duda, de personajes célebres que tomaron el impulso de dejar de vivir: Actores, escritores, artistas etc., que vieron en ese acto la naturaleza para terminar sus días. El universo de la ficción también posee personajes inolvidables, suicidas melancólicos, que como Werther, decide dar fin a su existencia por amor, en aquella obra maestra de Goethe “las penas del joven Werther”; pero también son deudas, depresiones, envidias, fracasos, sucesos inesperados lo que lleva a que el ser humano elimine su presencia voluntariamente. Importantes escritores, además de los ya nombrados, han escrito sobre ello: En la sociología no puede faltar “*El suicidio*” de Emile Durkheim; filósofos como David Hume, o Jhon Donne, también escribieron sobre el tema; en la literatura el texto de Enrique Vila-Matas, “*Suicidios ejemplares*” es sin duda uno de los mejores que he leído; y hay dos textos muy interesantes que me parece importante nombrar: uno es el de Al Álvarez “*el Dios Salvaje*” en donde hace un sobresaliente balance histórico general sobre el suicidio; otro es el del filósofo británico Simon Critchley “*Apuntes sobre el suicidio*”; Sin duda, existen muchos más textos que intentan romper con el tabú y el estigma de un acto tan ancestral como las ganas de vivir.

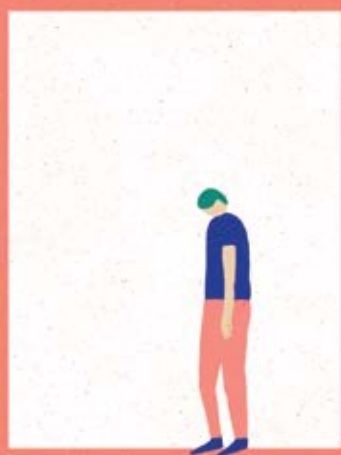
En cualquier caso, estas tres cortas historias, que leerán a continuación, tratan de mostrar eso, la cotidianidad de un suicida. Dos son personajes intelectuales reconocidos y uno es producto de la ficción de un gran escritor, pero a los tres no sólo los une el impulso de dejar este mundo, sino también el método para

hacerlo. Puede haber muchas maneras de suicidarse, pero para mi, aquella en la que el suicida salta, me produce mayor interés. En ese acto, la muerte no es instantánea, como si lo es un disparo; ni tampoco es lenta, como cortarse las venas, internarse en el mar o tomarse unas cuantas pastillas. Son segundos los que se viven en un salto antes de morir. He querido relatar, entonces, la cotidianidad y el tormento que pueden llevar, por medio de la acción de saltar, a una decisión tan sublime. Insisto, no quiero hacer una apología al suicidio, simplemente relatar la sutileza y el cansancio de vivir que lleva al acto de lanzarse, dejando la vida atrás.

## I. UN HOMBRE SOLITARIO

Diez días antes de que un pescador encontrara su cadáver flotando diez kilómetros abajo del puente *Mirabeau* en París, Paul Celan había dejado abierta, sobre su escritorio en la habitación de la *Rue Tournefort*, en pleno barrio latino, una biografía de Hölderlin en la que sobresalía un pasaje subrayado: “*A veces el genio se oscurece y se hunde en lo más amargo de su corazón*”.

Paul celan quizás siempre se sintió solo, incomprendido. A pesar de que al final de su vida logró vivir cómodamente como lector de alemán de la *École Normal supérieure* en París y había adquirido cierto reconocimiento como poeta judío en toda Europa y en Israel, la soledad que llevaba adentro desde su infancia lo fue carcomiendo hasta su muerte. Desde un comienzo tuvo que vivir bajo el sesgo de la pobreza y el rechazo. Se culpó durante toda su vida de haber dejado abandonados a sus padres, cuando en 1942, y tras el asedio nazi, su madre y su padre no quisieron esconderse en una antigua



fábrica para evitar la deportación. Días después recibió una carta de su madre en donde le contaba la muerte de su padre confinado a trabajos forzosos en un campo de concentración al sur de *Czernowitz*, Ucrania. Su tristeza no terminó allí, meses más tarde, mientras traducía (en el poco tiempo libre que tenía en el gueto judío) a Shakespeare del inglés al alemán, se enteró que su madre había recibido un disparo en la nuca en una de las tantas infamias que traería la guerra.

*¿Qué sería, madre, estirón o llaga, si yo también me hubiera hundido en la nieve de Ucrania?*

Escribió el poeta imaginando el dolor sobre la nieve y el momento ciego de la muerte. Al finalizar la guerra Paul Celan atravesó toda Hungría para llegar a Viena, en donde quería despegar como escritor y traductor. No le fue bien. Su vida de peregrinar lo llevó, entonces, a París, en donde había estado cuando era adolescente y en donde creía que un judío como él sería mejor recibido. Pasó hambre, frío, humillaciones, hasta que logró vivir de pequeñas traducciones y clases de idiomas, mientras trataba de que en otros países, como Alemania, su nombre empezara a sonar como poeta de los judíos. Se casó en 1952 con Gisèle de Lestrange cuyos padres eran pertenecientes de la nobleza francesa y que jamás vieron con gran agrado que su hija se casara con un judío pobre. Su primer hijo murió recién nacido, y la tristeza en los ojos de Celan sería de ahí en adelante ya parte de su vida. Continuó escribiendo en Alemán, pues a pesar de que era el idioma verdugo de sus padres, era su primera lengua, la lengua de la poesía. Pero todo, dentro de él, continuó mal, entró en un estado depresivo que lo confinó en un hospital psiquiátrico por un tiempo y en donde se separó de su familia durante más de dos años. Allí recibió toda clase

de tratamientos médicos incluso *los electro-chocks*. Tiempo después de aquellos turbios años, su prestigio como escritor fue creciendo: en 1967 el *Times literary Supplement* se refirió a Paul Celan como “uno de los escasos grandes poetas religiosos de nuestro tiempo”. Viajó a Alemania en donde presentó sus poemas y en donde conoció a Heidegger. El autor de *¿qué significa pensar?* Era uno de los grandes enigmas de Paul Celan, su curiosidad por saber las razones de Heidegger para apoyar la atrocidad nazi, lo convenció de aceptar una pequeña excursión por la Selva Negra de la mano del gran filósofo. No obtendría ninguna respuesta. Nada le traía alegría, nada parecía llenar ese hondo precipicio que parecía su vida; ni su viaje a Israel, que tanto anheló, ni el trozo de tarta que una mujer anciana, en Belén, le dio como obsequio, la misma tarta que en su infancia le daba su Madre.

Al llegar a París ya nada tenía sentido. Su último libro en vida “Tiempo Cercado” traslucía un aire fúnebre, la mayoría de sus poemas trataban sobre la soledad. En una última charla, en la asociación de escritores hebreos confesó: “Creo entender lo que puede ser la soledad judía”. Salió de su casa un día en la primavera de 1970, bajó por toda la *rue Tournefort*, hasta llegar a la *rue Gay-lussac*, luego bajaría por todo el *Boulevard Saint Michelle* y fue bordeando el río mientras miraba el agua turbia y el horizonte de puentes que estaban por venir. Se detuvo un instante en el *quai Branly* en donde se dio cuenta que había caminado por más de cuarenta minutos y que su casa se encontraba ya muy lejos, también, tal vez, pensó por un instante en su esposa, en su hijo y en su vida fantasmal en Rumania y Viena. Al llegar al puente *Mirabeau* que atraviesa el Sena del costado occidental de la ciudad, miró con melancolía por última vez el río, levantó la cabeza, vio el esplendor de París, de la Tour Eiffel,

quizás también recordaría a sus padres tendidos en la nieve fría de Ucrania; sin mucho esfuerzo se encaramó en el pretil del puente, levantó los brazos dando un último respiro y saltó.

## II. EL AZAR

A Gilles Deleuze le importaba el azar. Le interesaba escudriñar entre los trazos más nobles de la realidad, esos que no puede medir el tiempo. He ahí su fijación por la imagen, y su adoración por la que sería su película favorita de la nouvelle vague, esa obra maestra de Éric Rohmer llamada “*ma nuit chez Maud*”. En la estructura de la película se traslucía, para él, ese pensamiento sin imagen, en donde el tiempo y el azar son fundamentales. Su personaje favorito era Maud, porque estaba dispuesta a jugarlo todo por amor. Maud, temerosa, pero dispuesta a todo lo posible, invita a ese joven ingeniero, interpretado por Tringtinant, a pasar la noche con él. Contrario a lo esperado, él se rehúsa, ¿por qué? porque Maud no representa el ideal de mujer que tiene en mente. Eso es el azar, el riesgo del pensamiento.

Deleuze dictaba sus famosos cursos en Saint Denis, en donde podía sacar de clase a un estudiante que no estuviera atento o discutir horas alrededor de una pregunta intempestiva que lo sacara de su órbita académica. Le gustaba caminar por el *bois de Vincennes* y sentarse en algún banco con alguno de sus estudiantes y hablar de la vida “*hay vidas en las que las dificultades alcanzan el prodigio*” decía. Quizás no sea una mera casualidad que su último artículo, “La inmanencia : una vida”, tan incomprensible (para mi) como muchos otros, hablara de eso precisamente, de la necesidad premeditada de vivir porque si, del campo trascendental,

de la inmanencia del sujeto. Hablaba del hombre y su relación con las creaciones de la vida, como la escritura, el pensamiento, la mente “*la vergüenza de ser un hombre ¿hay acaso alguna razón mejor para escribir?*” se preguntaba en ese breve ensayo titulado “la literatura y la vida”. Para él eso era el hombre, una vergüenza, por eso no valía la pena vivir más allá de lo que el azar le deparara, el azar que podía acabar con el mundo, con una especie, por eso el pensamiento: “*el cerebro no es una materia enraizada ni ramificada*” escribe en “mil mesetas”, por eso la imagen, por eso el delirio, ¿qué era la literatura para él? sino un delirio, el paso de la vida al lenguaje, decía.

Sus estudiantes cuentan que usaba las uñas largas, que tenía un aire desaliñado, como de detective privado; yo lo imagino como el Philip Marlowe de Raymond Chandler o como cualquiera de los “duros” detectives creados por Dashiell Hammett, como Sam Spade, con gabardina y sombrero, mirada cínica, seductor, pero al mismo tiempo despreocupado de toda estética mundana. Igual su imagen era otra, quizás él mismo era un ejemplo de su propia filosofía, de su propio rizoma. No le gustaba dar conferencias en el extranjero, pero decía que desde su oficina podía viajar a cualquier lado. El sabía que al final eso era la vida, un viaje de imágenes, de creaciones, de pensamientos. Todo, al final, son suposiciones; eso también es la vida. Deleuze comentó alguna vez a uno de sus estudiantes que la única conclusión lógica de la existencia era el suicidio “el supremo gesto de rebelión contra las leyes de la necesidad”. El 4 de noviembre de 1995, desde la ventana de su casa, en el 84 *avenue Niel* en el distrito 17 de París, Gilles Deleuze, a sus 70 años, convencido que carecía de sentido morir en una cama, tuvo la *potencia* de saltar.





### III. EL MALGRADO

Thomas Bernhard en “el malogrado” logró dibujar, con el mejor trazo, la historia y decadencia de un pianista genial que se estrella con el infortunio de conocer (escuchar) y compartir años de estudio, en la Viena de la segunda postguerra, con uno de los grandes genios del piano del siglo XX: Glend Gould. La vida de Wertheimer se va a pique a partir de aquel instante trágico en que al asistir a la clase de Horowitz, el gran maestro de su época, se encuentra con la mejor interpretación de las variaciones Golberg de Bach que jamás haya podido escuchar y quizás la mejor interpretación nunca antes hecha. El choque es instantáneo. Allí estaba sentado un joven Glend frente a un *Steinway*, digitando sus murmullos con la sutileza de un genio; a su lado Horowitz, mirándolo, detallando cada nota, la posición de los dedos tecla a tecla, deleitándose con el sonido que producen dos simples manos. Detrás de ellos un aula con más de 15 estudiantes de piano, todos absortos, algunos enternecidos o simplemente estáticos y desconcertados por el sonido glorioso del “Aria”, el hermoso prefacio de aquellas variaciones. Y allí estaba Wertheimer, Joven también, con la bufanda aún puesta y el abrigo húmedo por la nieve, cerrando los ojos sosegadamente, de pie en la puerta del aula, viendo su desastre, su fracaso, la impotencia de no poder llegar a ser el mejor. Un genio derrotado por otro genio, un malogrado. A partir de ese instante la lentitud de su vida jamás fue la misma. Glend Gould fue su amigo, si; pero a la vez su destrucción; toda la vida vivió bajo la sombra de aquel genio, su lugar en la vida fue el segundo. Pasaron los años; Glend, había decidido retirarse a una cabaña cerca de Toronto en Canadá,

no volvió a dar conciertos ni a entablar ningún diálogo artístico con público alguno durante más de 20 años, sólo se escucharon sus extensas grabaciones de estudio producto del trabajo diario de horas y horas frente a su piano, frente a su *Steinway* que no paró de tocar hasta morir. Wertheimer en cambio prefería un *Bechstein*. Quizás esa era su extraña manera de hacerse diferenciar de Glend, de sentirse único. Semanas después de la muerte de Glend, Wertheimer regaló su *Bechstein* al padre de un niño que comenzaba su carrera como músico, pero al que no le veía mucho futuro y decidió partir hacia *Kobernauss*, un pueblo cerca de Viena, el lugar donde vivía su hermana. Estando próximo a llegar, Wertheimer detuvo su auto muy cerca de un bosque, se bajó, tomó 3 metros de sogas que tenía en el baúl y con la parsimonia del mundo, lanzó la cuerda al palo más sólido de un árbol, hizo un nudo corredizo, y sin pensarlo demasiado, deslizó su cabeza entre la cuerda y saltó.

---

**Nicolás Cardona Londoño**